

Ycaza, fusión de lo permanente con lo innovador de su época

("...una lengua que tiene la fulgurante rectitud de la espada...")

Pablo A. Cuadra

Discurso del conocido poeta y pensador nicaragüense, **Pablo Antonio Cuadra**, en contestación al del Dr. Julio Ycaza Tigerino de ingreso en la Academia Nicaragüense de la Lengua correspondiente de la Real Academia Española, (5 de Enero de 1954).

Señores Académicos:

Por primera vez tengo el honor de contestar el discurso de ingreso de un nuevo Académico, y me agrada la coincidencia de que me corresponda hacerlo con el Dr. Julio Ycaza Tigerino, a quien, siendo yo muy joven y él un estudiante de su último año de bachillerato, me tocó recibirlo, por una amistad que desde entonces se ha mantenido intacta y cercana, en esa otra preliminar e improvisada academia de los primeros sueños literarios y culturales. Si no me engaño, los primeros contactos, las primeras conversaciones y diálogos sobre esas inquietudes que conmovieron nuestros años juveniles: —la poesía, la patria, el destino y la extraña certeza de que llegábamos a un mundo en trance de absoluta renovación—, en fin, el descubrimiento de esas grandes palabras que, luego, como dice Joyce, nos hacen tan desgraciados, fué conmigo con quien Julio Ycaza comenzó a conjugarlas, a poner el eslabón de sus años tras de los míos y los de nuestro inolvidable Joaquín Pasos, para que nuestra generación abriera un poco más el abanico de sus aportes humanos, que se ampliarían aún más, después, con los nuevos valores que siguieron a Ycaza y que aún siguen sumando sus aportes, en un ciclo de creación y de entendimiento cuyos límites nadie sabe cuáles serán ni cómo se establecen, y mucho menos nosotros mismos.

Julio Ycaza Tigerino es un intelectual de nuestra generación. Me tiente la idea de preguntarme frente a él y en él qué entiendo yo por eso de "nuestra generación".

Sabemos que existen mutaciones en la historia del mundo y en la de cada país que trazan límites de entendimiento y comunidad entre los nacidos dentro de un ciclo o comarca de tiempo que hemos dado en llamar "generación". Sabemos que existe un estilo, un parecido grupal, una circulación de nuevas palabras, una serie de sobre-entendidos y de valoraciones nuevas que entrelazan a ciertos hombres por obra de ciertas circunstancias y por labor misteriosa del tiempo.

Sabemos que existe éso. Sabemos que podemos reconocernos. Pero ¿podemos acaso saber lo que significamos?... ¿Qué es una generación sino un engendrar el futuro? No se crea, por tanto, que voy aquí a adelantarme en exaltaciones lisonjeras y a hacer el juicio de Ycaza Tigerino, y, a través de él, de nuestra generación robándole su dictamen al Tiempo. No! No corro el riesgo de la profecía. Creo que lo único que puedo hacer, puesto que cada generación desarrolla lo engendrado en la anterior para a su vez engendrar un futuro, es mirar, a través de la obra del nuevo y brillante Académico, lo que nos fué dado por señal y como semilla, lo que recibimos como sustancia para expresarnos y como distintivos para reconocernos en el tiempo y para poder vencer al Tiempo, si es que nuestra obra llega a tener fuerza y aliento para lograrlo!

Ycaza Tegerino, he dicho, es un intelectual de nuestra generación. Ycaza —agregaré— no buscó como camino principal de su vocación el literario. Más bien, por haber tenido como madrina la diosa Polémica, escogió la Política y la Sociología. Pero el "Sociólogo" (que en muchísimas partes, por el solo nombre, sería caso perdido para la literatura) recibió de Nicaragua, recibió, diré mejor, de su tiempo nicaragüense, de su generación, una inquietud universalista y abarcadora, un sentido humanista y marcadamente "mediterráneo" que no le permitió sumergirse en la Sociología como "especialidad", no se especializó, antes, por el contrario, creyó que nada de la cultura del hombre le era ajeno, y el sociólogo hizo poemas, poemas que sorprenden por su exquisita sensibilidad para las bellezas de la naturaleza; y el "sociólogo" escribió ensayos de crítica literaria como los que hemos tenido el placer de leer en diversas revistas de América, o como el que hoy acabamos de oírle, ensayo extraordinario sobre los "Nocturnos" de Rubén en que nos revela no sólo una amplia y ágil cultura literaria sino una posesión completa de la técnica poética, materia que parecería reservada a los seres menos sociólogos del mundo que son los poetas!

Pero no es solamente el recorrer diversos campos de la cultura creadora lo que marca el carácter universalista de Ycaza Tigerino. Es dentro de su misma especialidad donde le vemos producirse con ese ensanche humanista que le permite tener siempre ante sí, no sólo la materia que trata —la estrecha y limitada zona de una "especialización"— sino también sus diversos vínculos con todos los otros órdenes de la cultura; vinculaciones, resonancias y correspondencias que completa su visión de conjunto, y no dejan que cercene la integralidad del hombre, porque siempre cuenta con el hombre-humano para decirlo con un pleonismo necesario en estos tiempos de deshumanización.

Ycaza responde en esto a un signo general de su generación.

Porque en Nicaragua hubo un momento, en este siglo, en que los jóvenes comenzamos a sentir instintivamente que se operaba un cambio fundamental en la estructura de la historia del mundo. No se experimentaba ningún síntoma especial en la inmediata historia patria. Pero algo nos permitía percibir señales lejanas, toques inteligentes del Tiempo; algo nos empujaba a abandonar y a buscar. A abandonar lo viejo que aún circulaba con aparente lustre y a buscar lo nuevo, ya no sólo con el natural apetito del joven por lo joven, sino con el ansia desesperada y trascendente de encontrar las formas sustanciales de nuestra expresión.

Algo, digo, y debería decir "alguien". Ese alguien que ya nos señala en su discurso Ycaza Tigerino. Porque nuestra generación captó los universales de su época por las huellas de la obra de un hombre que abrió a Nicaragua, de par en par las puertas de su provincialismo. Y este hombre fué Rubén Darío. Como escribió el poeta Ernesto Cardenal, "Rubén Darío fué nuestra salida al mar. El Desaguadero de todas nuestras reducidas navegaciones. El solo dió a América más rutas marinas que el Canal de Panamá".

En otras palabras: Rubén volvió a dar a Nicaragua conciencia de su posición mediterránea. Desde él el mundo dejó de ser un espectáculo para asomarse a verlo desde el tranquilo y talvez curioso balcón de la provincia. Fuimos, desde entonces, participantes de su pasión. Y algo más: comenzamos a sentir aquí, bajo la trémula e inexperimentada presión de nuestras manos indagadoras, el pulso sordo de su corazón.

En su libro "Originalidad de Hispanoamérica", que es la obra de mi mayor aprecio entre las de Ycaza Tigerino, yo gocé desde su primera página al ver su gesto rubeniano de enfrentarse a Europa (a cierta Europa!) sin el menor complejo provinciano, advirtiendo a tratadistas de fama continental, pero miopes por falta de universalidades, que la crisis actual de la cultura y la política no es un problema europeo sino mundial. Agrada ver al nicaragüense enseñándoles con garbo el tamaño del horizonte a grandes pensadores que se han sumergido dentro de sus problemas inmediatos y que, presionados por ellos, pierden el verdadero ámbito de lo humano.

Pero éste es sólo el pórtico de su obra. Luego, su diagnóstico sociológico sobre Hispanoamérica, vuelve a recoger en otro aspecto el legado de ese Maestro sobre cuyos Nocturnos hoy tan hermosamente nos ha hablado. Porque Rubén no sólo abrió un horizonte ecuménico a la cultura nicaragüense. Había también en su mensaje —como ya he dicho— ciertos anuncios, ciertas substancias proféticas, ciertos signos vaticinadores de un apocalipsis y de una "alba futura".

**"Siéntense sordos ímpetus en las entrañas del mundo,
la inminencia de algo fatal hoy conmueve a la tierra;
fuertes colosos caen, se desbandan bicéfalas águilas
y algo se inicia como vasto cataclismo
sobre la faz del orbe!"**

Eran avisos suyos!

No que nosotros aprendiéramos el arte sibilino por las lecciones del Poeta. Es que, en el traspaso y herencia de las generaciones, él nos enseñaba a colocar instintivamente el oído, y percibimos esa inquietud expectante de su anuncio, esa vasta y sagrada inquietud de un universo grávido.

¡Muchas de nuestras equivocaciones, muchos de nuestros extremismos, muchas de nuestras peripecias y aventuras a veces desorbitadas en tantos órdenes de la cultura, deberán quizás explicarse cuando se coloque a los jóvenes nicaragüenses de esta primera mitad del Siglo XX, en el ámbito de inquietud en que nacieron: precedidos de un profeta ecuménico, abiertos por él a la pasión y al escenario del mundo, presados por dos inmensas guerras, espectadores de la más grande revolución de la Edad Moderna y de veinte revoluciones más en que caían, como interminable combustible en la gran hoguera de un juicio de la Historia: tronos, águilas bicéfalas, conceptos filosóficos, riquezas, principios científicos, formas de gobierno, sistemas sociales, altares y tradiciones!

Toda esa enorme catástrofe llena de vértigo apocalíptico, tenía que empujarnos a aferrarnos a lo que considerábamos imperecedero de lo antiguo y a buscar lo imperecederamente "nuevo". ¡Oh búsqueda de "lo nuevo", sed de nuestros años! ¿Será acaso la palabra "nuevos" la gran palabra de nuestra gracia o de nuestra desgracia... nosotros los que buscamos afanosamente los métodos de crear "lo nuevo" interrogando lo antiguo y lo futuro, lo primitivo y lo civilizado, lo olvidado y lo inaudito? No puedo ser yo quien diga la última palabra sino el Tiempo, cuando con su paso lento y arrollador se detenga ante nuestras pobres obras y tocándolas con escepticismo, golpeando incrédulo sus palabras mortales, declare si aún son nuevas o si ya encanecieron prematuramente viejas! Pero, una virtud sí nos fué dada: comprender que "lo nuevo" no era solamente aquello que surgía y aún sigue surgiendo como simple y transitorio presente, como brote ilusorio de lo actual, como moda, como cercenada urgencia temporal, sino lo que tenía raíces en el tiempo para reverdecer con el tiempo y soportar los cambios del mismo y veleidoso tiempo. Si logramos la síntesis no lo sabemos. Pero la intentamos. Y por eso fuimos vanguardistas que no abandonamos a los clásicos. Por eso fuimos futuristas sin abandonar el pasado. Por eso fuimos hombres de nuestro tiempo sin cerrarnos, con manos ateas, las puertas de la eternidad!

Lección ésta que digo en plural para nuestra generación, pero que debe aquí extraerse, principalmente, de este joven escritor que hoy la Academia Nicaragüense de la Lengua recibe en su seno. Su obra como sociólogo —obra que lo ha destacado ya como uno de los sociólogos de más sólido pensamiento y de más originales concepciones en América— ha buscado esa fusión de lo permanente y tradicional con lo innovador e inédito de su época. Ycaza ha buscado, con poderoso realismo, la mezcla peligrosa pero necesaria del Orden y de la Aventura. La síntesis de lo que es necesario conservar con lo que es necesario inaugurar. Ycaza ha descubierto a Hispanoamérica su verdadera y auténtica originalidad que es aquella que no traiciona a sus orígenes. Y ha buscado en lo antiguo, sin miedo a las sirenas reaccionarias, lo que el tiempo en vez de destruir ha robustecido con experiencia. Y ha buscado en lo Nuevo —sin miedo a los dioses del Atrevimiento— lo que crece en el ansia del hombre, eternamente estacional y mutable, impenitente soñador de primaveras.

Y esta hermosa obra la ha hecho, la está haciendo dotado por Dios por el don de claridad. Nuestros antepasados en la lengua decían, a manera de elogio, un Claro Varón". Yo diría de él: "un claro escritor". Para escribir Ycaza Tigerino rehúsa los contrastes, rehúye las sombras: su técnica es iluminar plena y totalmente sus temas, decirlos por iluminación con una prosa funcional y directa. Aun en su poesía, que es poca pero buena, su ojo poético es fotográfico.

Pero además de este don mental de claridad, Ycaza posee una prosa naturalmente polémica. No que escriba siempre contra alguien, sino que escribe siempre contra algo: para vencer, para dominar, para tomarse una idea con recursos lingüísticos y expresivos esencialmente combativos. Su prosa está siempre en ejercicio de militancia para expresar sus conceptos. Es un ejército mental. Una poderosa y bien organizada tropa de palabras poniendo sitio a la idea hasta posesionarse de ella como conquistador.

Felicitese, pues nuestra Academia Nicaragüense por haber adquirido, para el prestigio de su comunal labor literaria, una lengua que tiene la fulgurante rectitud de la espada.

